

– Aparte de todo lo cuestionable de esas etapas, recuerdo que muchos vivimos esos gobiernos del gobierno sanguinetista con la misma sensación de que se repetía aquella vieja continuidad en la alternancia entre blancos y colorados. Pero en el campo popular hay un hecho reconfortante que fue el oponerse a los intentos privatizadores del gobierno de Luis Alberto Lacalle. Es en ese momento que se gana el plebiscito contra la privatización de la Telefónica ANTEL y así se levanta la bandera contra las privatizaciones de empresas públicas. Atados al cuello por la deuda externa con el Fondo Monetario Internacional –atados con un alambre que bien valdría la pena también desalambrar– la pérdida de terreno en las empresas estatales era de mal agüero. En cuanto a un importante factor negativo del gobierno lacallista de entonces, te señalo en una ocasión el ataque a varios ciudadanos, entre ellos al joven Fernando Morroni, asesinado a mansalva durante la vigilia que se hizo junto al Hospital Filtro, en defensa del derecho de asilo, cuando la huelga de hambre de los militantes vascos, en 1994. La acción ordenada por Ángel María Gianola, ministro del Interior, fue ferozmente represiva, y denunciada con valentía por Carmen Beramendi en el Parlamento. Al oírla aquel día me hizo recordar el temple de una hermana mayor suya en la Cámara: nuestra Alba Roballo.

– En contrapartida, ¿qué efecto te causó el pasaje del gobierno de la Intendencia a manos del Frente?

– Ése fue un paso que en el 90 nos sorprendió y nos alegró mucho. Las amenazas de la derecha sobre el caos y la inoperancia que invadirían la administración municipal, se desinflaron en poco tiempo. Se probó en los hechos que era perfectamente posible que la izquierda gobernara Montevideo, en muchos planos con eficacia, y hasta con un cierto reconocimiento de alguna gente de las bases de los partidos tradicionales. También teníamos la preocupación durante todos esos tres períodos de gobierno municipal progresista de que, en la medida que pasaba el tiempo, se mantuvieran los postulados de la izquierda, se mantuvieran los postulados del Frente y, como lo he dicho varias veces, que «la izquierda no se mudara al centro». Otra inquietud nuestra en aquel período era que no se produjera una desmovilización, porque al comienzo de la transición democrática, los comités de base

estaban vivos, renacían, y sin embargo después se pasó por un período de crisis en el que el Frente empezó a funcionar más de una manera cupular, digamos, entrando en dificultad la actividad de esos comités. Hubo un período de quietud no deseada y las cosas no funcionaron desde la base popular que tan importante ha sido y tendría que ser siempre para nuestra izquierda.

– *El tiempo va profundizando la crisis social y económica en el país y desde las elecciones nacionales de 1994 y los cinco años del nuevo gobierno de Julio María Sanguinetti, se va dibujando un importante progreso del electorado frentista. ¿Cómo vivís esa etapa?*

– Sí, es cierto que el electorado del Frente Amplio va creciendo, de modo que cuando nos vamos acercando al fin del segundo gobierno colorado y a las elecciones del 99, hay una esperanza en el triunfo del cambio. Pero todavía eso no resultaría posible y finalmente hubo que pasar al balotaje y enfrentar a los dos partidos de derecha que se habían unido por primera vez en una larga historia de antagonismos, con el claro propósito de no ser derrotados por la izquierda. Yo estaba citado para el acto del Frente tras el resultado final, que se venía insinuando como muy difícil. Entonces llego al estrado levantado en Bulevar Artigas, con el ánimo de que se podía todavía mantener ese fueguito interior de ganar a pesar de las dificultades. Cuando llega la noticia confirmada de la derrota del Frente en esa elección nacional, me toca elaborar el duelo cantando. En un momento inicial se piensa en suspender el acto cuando se sabe que se perdió, pero somos varios los que sostenemos que el acto hay que hacerlo igual. Entonces frente a la gente que estaba allí –que ya no era demasiada–, ante alguna solitaria cámara de televisión tengo que anunciar esta derrota antes de cantar. Cuán diferente todo eso a lo que iba venir en la última elección: el triunfo electoral del Frente en el 2004, con la alegría popular a flor de piel.

– *Y en estos primeros años del nuevo siglo, ¿cómo continuás tu camino?*

– Ya que me mencionás «camino», te diría que sigo en ruta pero con un poco menos de viajes al exterior; estoy un poquito más selectivo, desde que he logrado estar más tiempo en el país. Cuando uno ha regresado acá después de tantos años, te empiezan

a salir filamentos, te empiezan a salir como raíces nuevas, que no es que te aten, porque estás también en movimiento dentro del país, pero te hacen sentir de alguna manera útil en tu tierra y en tu trabajo. En todo eso ha sido un gran apoyo la instalación en el Uruguay de Lourdes, mi compañera, Lourdes Villafaña, que es psicoanalista, pero que fuera de su actividad me ha ayudado en muchas áreas de mi trabajo. Y entonces, por todos esos factores, los viajes han disminuido bastante. Salvo para ir a ver a mi hija en París, ya ahora recibida en su carrera de Artes Decorativas, en la Escuela de Bellas Artes, o a la familia y los amigos de Lourdes en México. Así como yo le he transmitido mis afectos uruguayos a Lourdes, desde hace muchos años, ella me ha derivado los suyos de México. Esto abarca también el gusto por recorrer el Uruguay, cantando, cuando esto es posible, o sin guitarra. Algunas pesquerías que hemos hecho en ríos o arroyos, una escapada al Cabo Polonio, a la Barra de Valizas, a Maldonado, o algún paseo a Minas. Por cierto, acercándome a los recuerdos de mi viejo en Minas, llevé adelante mi deseo de reeditar una novela que mi padre había escrito en 1955: *El Clinudo*, la historia de un matrero cuya vida transcurrió en esos parajes*. En esa nueva edición, para la revisión del texto, Lourdes trabajó mucho y también nos apoyó mi sobrina, Adriana Rodríguez. Volviendo a tu pregunta, en mi camino uruguayo, otros viajes cerca se van sumando, como es el caso de Argentina, donde he estado en varios actos de Madres y Abuelas, con Hebe Bonafini, con Nora Cortinas, grupos en los que no elijo ninguna línea, participo con todos los sectores, alguna vez en la propia Plaza de Mayo, con Madres, y en otras partes también, en provincia. En La Plata, recuerdo la ocasión en que me invitaron a inaugurar un fresco sobre un muro de la ciudad, donde los grupos de Derechos Humanos habían escrito una larga lista de nombres de represores y de lugares de encierro. Un señalamiento, digamos, realmente conmocionante. Estaba allí el uruguayo Gabriel Manera, ex alumno mío, hijo de Jorge Manera Lluveras, otro de los rehenes tupamaros. Entre las emociones vividas en Argentina, tengo que mencionarte haber recordado, en Buenos

* Viglietti, Cédar: *El Clinudo*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2004.